

pada, y que nacido caballero, obra como alguacil, ese, aunque fuese el rey de Castilla, aunque ciñera cien coronas, aunque se titulase conde y duque ó marqués, y descendiera de la más noble familia, no será para mí más que un vil y cobarde, á quien quisiera ver colgado de una horca en castigo de su felonía.

D. SALUSTIO.—¡ César!...

D. CÉSAR.—No añadais una palabra; me ultrajáis. (*Arroja la bolsa á los pies de D. Salustio.*) Guardad vuestro secreto, y con él vuestro dinero. ¡ Ah! Comprendo la matanza, el robo y el saqueo; comprendo que en noche oscura se asalte, hacha en mano, algún castillo, y que con cien bandoleros se mate sin compasión; entonces todos hieren y gritan, cual verdaderos bandidos; ojo por ojo, diente por diente, hombres contra hombres. Comprendo todo esto; pero que se atraiga suavemente á una mujer para aniquilarla, tendiendo á sus pies odioso lazo, á fin de abusar tal vez de su honor; apoderarse de una pobre avecilla que canta alegre, valiéndose de un medio infame... ¡ Oh! ¡ antes que llegar á esta deshonra, antes que ser rico y poderoso á semejante precio, preferiría, y aquí lo digo ante Dios, que ve mi alma, que un perro corroyese mi cráneo clavado en la picota!

D. SALUSTIO.—Primo...

D. CÉSAR.—De vuestros beneficios no necesito disfrutar mientras que halle agua en las fuentes, espacio libre en los campos, y en la ciudad un ladrón que me vista en invierno. A fe mía que olvidaré la prosperidad pasada mientras pueda dormir tranquilo á la puerta de vuestros soberbios palacios, sin temor de que me despierten. Adiós, pues; Dios sabe cuál de los dos es el mejor. Con vuestros cortesanos quedad, don Salustio, mientras yo vuelvo con mi canalla, con los lobos, no con las serpientes.

D. SALUSTIO.—Un momento...

D. CÉSAR.—¡ Vamos! abreviemos la entrevista; si traéis de prenderme, ordenadlo de una vez.

D. SALUSTIO.—Muy bien; creía, César, que estabais más endurecido; la prueba ha sido buena, y favorable para vos. Estoy contento; venga esa mano, os lo ruego.

D. CÉSAR.—¡ Cómo!

D. SALUSTIO.—Todo esto no pasa de una broma. Cuanto he dicho ha sido para probaros, y nada más.

D. CÉSAR.—Me hacéis soñar despierto. La mujer, esa trama, esa venganza...

D. SALUSTIO.—¡ Pura invención, sueños y quimeras!

D. CÉSAR.—¡ Perfectamente! ¿ Y el ofrecimiento de pagar mis deudas es quimera también? ¿ Es un sueño lo de los quinientos ducados?

D. SALUSTIO.—Voy á buscarlos ahora mismo.

(*Se dirige á la puerta del fondo, y hace seña á Ruy Blas para que se quede.*)

D. CÉSAR (*aparte, en el proscenio, y mirando á D. Salustio de reojo.*).—¡ Hum! cara de traidor; cuando la boca dice sí, la mirada parece decir: veremos.

D. SALUSTIO (*á Ruy Blas*).—Permaneced aquí, Ruy Blas. (*A D. César*). Vuelvo al punto.

(*Sale por la puertecilla de la izquierda, y apenas desaparece, D. César y Ruy Blas corren el uno hacia el otro.*)

ESCENA III

D. CÉSAR, RUY BLAS

D. CÉSAR.—A fe mía que no me engañaba. ¡ Tú aquí, Ruy Blas!

RUY BLAS.—¿ Eres tú, Zafari? ¿ Qué haces en este palacio?

D. CÉSAR.—Paso y me voy; así como al ave, agrádamme el espacio. ¿Pero y tú, qué significa esa librea, ese disfraz?

RUY BLAS (*con amargura*).—Más disfrazado estoy de otro modo.

D. CÉSAR.—¿Qué dices?

RUY BLAS.—Déjame estrecharte la mano como en aquel tiempo feliz de libertad y de miseria en que vivía sin hogar, hambriento de día y yerto de frío por la noche; pero independiente; aquel tiempo en que me conociste, y en que yo era hombre aún. Ambos hijos del pueblo, nos parecíamos tanto que nos tomaban por hermanos; cantábamos al despuntar la aurora, y llegada la noche dormíamos uno junto á otro bajo el estrellado cielo, compartiendo siempre lo que teníamos. Por fin llegó la triste hora de nuestra separación; y al cabo de cuatro años te encuentro otra vez, siempre el mismo, alegre como un muchacho, libre como el gitano; siempre eres ese Zafari, rico en su pobreza, que nada tuvo jamás, ni deseó cosa alguna. Pero yo ¡cuánto he cambiado, hermano! Huérfano, alimentado de ciencia y orgullo en un colegio, en vez de destinarme á simple obrero, hicieron de mí un soñador. Tú ya sabes hasta qué punto llegaban mis aspiraciones de poeta, cuando te burlabas de mis versos insensatos. Tenía yo no sé qué ambición en el alma. ¿Para qué trabajar? Dirigíame hacia un objeto invisible; creíalo todo verdadero, todo posible, y de la suerte lo esperaba todo. Por otra parte, soy de aquellos que pasan sus días pensativos y ociosos, contemplando algún palacio donde rebosan las riquezas, para ver entrar y salir á las elegantes damas. Así me sucedió un día en que, hambriento y moribundo, recogí el pan donde le encontré, en medio del ocio y la ignominia. ¡Oh! cuando yo tenía veinte años confiaba en mi genio, mientras me perdía, recorriendo descalzo los caminos y entregado á mis medita-

ciones sobre la suerte de los humanos! Había trazado planes sobre todo, una verdadera montaña de proyectos; condóllame la desgracia de España, y, pobre de espíritu, pensé que el mundo necesitaba de mí. Ya ves el resultado, amigo mío: ¡un lacayo!

D. CÉSAR.—Sí, ya lo sé; el hambre es puerta muy baja, y cuando se ha de pasar por ella, el más grande es aquel que más se encorva; pero la suerte tiene su flujo y reflujo. Espera.

RUY BLAS.—El marqués de Finlas es mi amo.

D. CÉSAR.—Ya le conozco. ¿Y vives en este palacio?

RUY BLAS.—No, esta mañana pisé el umbral por primera vez.

D. CÉSAR.—¿De veras? Tu amo, no obstante, debe habitar aquí á causa del cargo que desempeña.

RUY BLAS.—Sí, porque la corte le necesita á cada momento; pero tiene una casa desconocida, donde tal vez no ha entrado nunca en pleno día, aunque sólo dista cien pasos del palacio; es modesta y misteriosa, y en ella vivo yo. Por la puerta secreta, cuya llave sólo tiene mi amo, el marqués entra á veces por la noche seguido de hombres enmascarados que hablan en voz baja y se encierran, sin que nadie sepa lo que allí sucede luego. Por compañeros tengo dos negros mudos que, ignorando mi nombre, tal vez me toman por su amo.

D. CÉSAR.—Sí; allí recibe sin duda á sus espías, allí es donde tiende sus emboscadas. Es un hombre profundo y poderoso.

RUY BLAS.—Ayer me dijo: «Es preciso que mañana estés en palacio antes de rayar la aurora: entrarás por la verja dorada.» Al llegar me mandó ponerme esta librea, que hoy llevo por primera vez.

D. CÉSAR (*estrechándole la mano*).—Espera.

RUY BLAS.—¡Esperar! Tú no sabes aún lo que es para mí llevar este traje que mancha y deshonra. Ha-

ber perdido la alegría y el orgullo no es nada, y tampoco importa ser vil y esclavo. Escucha, hermano mío; no siento yo usar esta librea que me infama, porque en el pecho tengo una hidra cuyos dientes de fuego me oprimen el corazón en sus ardientes repliegues. El exterior te atemoriza. ¡Qué dirías si vieres el interior!

D. CÉSAR.—¿Qué quieres decir?

RUY BLAS.—Inventa, imagina, busca en tu espíritu, supón algo extraño, insensato, inaudito y horrible, una fatalidad que deslumbre; sí, prepara un veneno espantoso, abre un abismo más sordo que la locura, más negro que el crimen; y cuando hayas hecho todo lo que digo, aún no te acercará a mi secreto. ¿No lo adivinas? ¡Cómo has de adivinarlo! Sondea con la mirada el precipicio á donde el destino me arrastra... Amo á la Reina.

D. CÉSAR.—¡Cielos!

RUY BLAS.—Bajo un dosel ornado con el globo imperial hay un hombre, unas veces en Aranjuez, y otras en el Escorial, á quien apenas se ve y á quien no se nombra sin terror; un hombre para quien, cual si fuese Dios, todos somos iguales; al que se mira temblando y se sirve de rodillas; que puede hacer caer nuestras cabezas á una simple señal; un hombre cuyos caprichos son un acontecimiento; que vive solo y soberbio, encerrado gravemente en una majestad terrible y profunda, y cuyo poderío se extiende por la mitad del mundo. ¡Pues bien, yo, el lacayo de ese hombre, de ese rey, estoy celoso!

D. CÉSAR.—¡Celoso del rey!

RUY BLAS.—¡Sí, del rey, puesto que amo á su esposa!

D. CÉSAR.—¡Desgraciado!

RUY BLAS.—Escucha. Todos los días la espero al paso, y estoy como loco. ¡Oh! la vida de esa mujer es

un tejido de enojos; todas las noches pienso en ello. ¡Vivir en esta corte de odios y mentiras, casada con un rey que pasa el tiempo cazando! Imbécil! viejo ya á los treinta años, ni es hombre ni es rey.—Familia que se extingue: el padre era débil hasta el punto de no poder sostener en la mano un pergamino. ¡Oh! tan bella y tan joven, y haber dado su mano á ese rey Carlos II. ¡Qué lástima! No sé cómo esta locura amorosa ha penetrado en mi corazón; pero juzga tú. La reina ama una flor azul de Alemania; aquí no la hay, y todos los días ando una legua para coger algunas; con las más bonitas formo un ramo, y á media noche me introduzco en los jardines reales como un ladrón y deposito mi ofrenda en el banco donde la soberana suele sentarse. Anoche mismo me atreví, compadécete, hermano, á colocar un billete entre las flores. Para llegar hasta ese banco es preciso franquear el muro, y en su parte superior me hieren las puntas de hierro que se suelen poner en las cercas. Algún día me dejaré allí el corazón y las entrañas. Ignoro si encuentra mis flores y mi carta; pero con todo esto, ya ves que soy un insensato.

D. CÉSAR.—¡Diablo! tu aventura no deja de ser peligrosa. Ten cuidado, porque el conde de Oñate, que la ama también, la vigila, en calidad de mayordomo y de enamorado. Podría suceder que una noche, algún guarda poco dormilón, te clavase la partesana antes de marchitarse tu ramo. ¡Vaya una ocurrencia, amar á la reina! ¿Cómo diablos has podido llegar á este caso?

RUY BLAS (*con arrebatado*).—¿Lo sé yo por ventura? ¡Oh! daría mi alma al demonio por ser sólo durante una hora uno de esos jóvenes señores que desde la ventana veo en este instante, y que cual viva afrenta para mí, entran luciendo la pluma en el sombrero y altiva la frente. Sí, me condenaría sólo para que me

fuese dado arrojar esta librea y poder acercarme á la reina, como ellos, con un traje semejante al suyo. Pero ¡oh rabia! estar junto á ella y no ser á sus ojos más que un lacayo! ¡Tened compasión de mí, Dios mío! (Acercándose á D. César.) Ahora recuerdo que me preguntabas por qué la amo así y desde cuándo... Cierta día... pero ¿á qué recordarlo? Es verdad; siempre te conocí esa manía de preguntar ¿por qué? ¿cómo? ¿cuándo? Pero la sangre me hierve en las venas, y sólo podría decirte que la amo locamente.

D. CÉSAR.—Cálmate.

RUY BLAS (*cayendo desfallecido y pálido en un sillón*).—Sufro mucho, hermano; dispénsame, ó más bien huye de este pobre loco, que con espanto siente bajo su librea de lacayo las pasiones de un rey.

D. CÉSAR (*poniéndole la mano sobre el hombro*).—¡Yo huir de ti; yo que no he sufrido porque nunca amé á nadie; yo, pobre cascabel que ya no suena, pobre mendigo del amor, á quien de vez en cuando arroja una limosna el destino; yo, que nada siento ya en el corazón, pareciéndome que el alma se ha retirado de mi cuerpo! ¿Por qué había de huir? Por ese amor que en tus ojos rebosa te envidio, y á la vez te compadezco, Ruy Blas.

(*Momento de pausa: con las manos cogidas, los dos se miran con expresión amistosa y de tristeza.—Entra D. Salustio y adelántase con paso lento, fijando una mirada profunda en D. César y Ruy Blas, que no le ven. En una mano lleva un sombrero y una espada, que al entrar deposita en un sofá, y en la otra una bolsa, que pone sobre la mesa.*)

D. SALUSTIO (*á D. César*).—He aquí el dinero. (Al oír la voz de D. Salustio, Ruy Blas se levanta como sobresaltado, y permanece en pie, con la vista baja, en actitud respetuosa.)

D. CÉSAR (*aparte, mirando á D. Salustio de reojo*).—

El diablo me lleve si ese tunante no escuchaba á la puerta. ¡Bah! al fin y al cabo, poco importa. (A D. Salustio en voz alta.) Muchas gracias, primo.

(*Abre la bolsa, esparce el contenido en la mesa y revuelve con alegría los ducados, colocándolos en pilas sobre el tapete de terciopelo. Mientras los cuenta, D. Salustio se dirige al fondo del teatro, volviendo la cabeza para ver si llama la atención de D. César; abre la puertecilla de la derecha, y á una señal salen tres alguaciles armados con espadas y vestidos de negro. D. Salustio les muestra misteriosamente á D. César. Ruy Blas permanece inmóvil, de pie cerca de la mesa, sin ver ni oír nada.*)

D. SALUSTIO (*en voz baja á los alguaciles*).—Cuando salga de aquí ese hombre que cuenta el dinero, seguidle y apoderaos de él silenciosamente, sin violencia. Después le conduciréis á Denia, y una vez allí, embarcadle. (*Les entrega un pergamino sellado.*) He aquí la orden escrita de mi puño y letra. Sin prestar oído á sus quejas, le venderéis, una vez en el mar, á los corsarios argelinos. Mil piastras para vosotros si llenáis vuestro cometido pronto y bien.

(*Los tres alguaciles se inclinan y salen.*)

D. CÉSAR (*acabando de arreglar los ducados*).—Nada es tan agradable y divertido como hacer pilas de monedas cuando son nuestras. (*Hace dos partes iguales y se vuelve á Ruy Blas.*) Hermano, he aquí tu parte.

RUY BLAS.—¡Cómo!

D. CÉSAR (*mostrándole una de las dos pilas de oro*).—¡Tómala, vente y sé libre!

D. SALUSTIO (*que los observa en el fondo*).—¡Diablo!

RUY BLAS (*moviendo la cabeza en señal de negativa*).—No; el corazón es lo que quisiera tener libre; mi suerte está echada, y debo permanecer aquí.

D. CÉSAR.—Bien, obra como te plazca. Sólo Dios sabe si tú eres el loco y yo el sabio.

(*Recoge el dinero, lo echa en la bolsa y se la guarda.*)

D. SALUSTIO (*en el fondo del teatro, aparte, y observando siempre*).—Poco más ó menos el mismo rostro y el mismo aire.

D. CÉSAR (*á Ruy Blas*).—¡Adiós!

RUY BLAS.—Toca estos cinco.

(*Se estrechan la mano. D. César sale sin ver á D. Salustio, que permanece retirado.*)

ESCENA IV

RUY BLAS, D. SALUSTIO

D. SALUSTIO.—¡Ruy Blas!

RUY BLAS (*volviéndose vivamente*).—Señor?

D. SALUSTIO.—¿Era ya de día esta mañana cuando llegasteis?

RUY BLAS.—Aún no, señor; dí el pase al portero, y he subido.

D. SALUSTIO.—¿Llevabais capa?

RUY BLAS.—Sí, señor.

D. SALUSTIO.—En ese caso, nadie os habrá visto aún esa librea en palacio.

RUY BLAS.—Ni tampoco en Madrid.

D. SALUSTIO (*señalando con el dedo la puerta por donde ha salido D. César*).—Esta muy bien. Id á cerrar la puerta y quitaos ese traje. (*Ruy Blas se despoja de su librea y arrójala en un sillón.*) Me parece que tenéis muy buen carácter de letra. Escribid. (*Hace seña á Ruy Blas para que se siente á la mesa, donde hay plumas y tinteros. Ruy Blas obedece.*) Hoy vais á servirme de secretario. Nada os ocultaré. Por lo pronto un billete de amor para la reina de mi corazón, para doña Elvira, esa sirena que debe haber caído del paraíso. Voy á

dictaros. «Un peligro terrible me amenaza en este momento; sólo mi reina puede conjurar la tempestad, viniendo á buscarme esta noche á casa. De lo contrario estoy perdido. Pongo á vuestras plantas mi vida y mi corazón y os beso los pies.» (*Riendo.*) ¡Un peligro! El recurso es hábil para atraerla á mi casa. ¡Oh! yo soy experto. A las mujeres les agrada mucho salvar á quien las pierde.—Añadid: «Por la puerta que hay en lo último de la Alameda podréis entrar sin ser reconocida; una persona de confianza os abrirá.» Perfectamente. ¡Ah! firmad.

RUY BLAS.—¿Vuestro nombre?

D. SALUSTIO.—No. Firmad César; es mi nombre de guerra.

RUY BLAS (*después de haber obedecido*).—La dama no reconocerá la escritura.

D. SALUSTIO.—¡Bah! el sello basta; con frecuencia lo hago de este modo. Ruy Blas, yo parto esta noche y os dejo aquí. Tengo proyectos muy favorables respecto á vos; vais á cambiar de situación, pero es necesario que me obedezcáis en todo. Como vos sois un servidor discreto, fiel y reservado...

RUY BLAS (*inclinándose*).—Señor...

D. SALUSTIO (*continuando*).—Quiero mejorar vuestra suerte.

RUY BLAS (*mostrando el billete que acaba de escribir*).—¿A dónde se ha de dirigir esa carta?

D. SALUSTIO.—Yo me encargo de ello. (*Acercándose á Ruy Blas con aire significativo.*) Quiero haceros feliz. (*Siguese una pausa. D. Salustio hace seña á Ruy Blas para que vuelva á sentarse á la mesa.*) Escribid: «Yo, Ruy Blas, lacayo de su excelencia el marqués de Finlas, me obligo á servirle como fiel criado en toda ocasión secreta ó pública.» (*Ruy Blas obedece.*) Firmad con vuestro nombre; ahora la fecha; está bien; dadme. (*Dobla el billete y el papel en que Ruy Blas acaba de escribir, y los*

guarda en su cartera.) Acaban de traerme una espada. ¡Ah! vedla allí. (Señala el sofá, en el que ha puesto la espada y el sombrero, y coge estos objetos.) El tahali es de seda, recamada á la última moda. (Haciendo admirar la flexibilidad del tejido.) Tocadla, Ruy Blas. ¿Qué os parece esa flor? La empuñadura es de Gil, el famoso cincelador, el que mejor sabe formar, al gusto de las bellas, una caja de pastillas en el pomo. (Pasa el tahali por el cuello de Ruy Blas sin quitar la espada.) Dejadla; quiero ver si os sienta bien. ¡Cáspita! parecéis así todo un caballero. (Escuchando.) Alguien viene... Sí. Se acerca la hora de pasar la Reina. ¡El marqués del Basto! (La puerta del fondo que da á la galería se abre. D. Salustio se despoja del ferreruelo y arrójale vivamente sobre los hombros de Ruy Blas, en el momento de aparecer el marqués del Basto. Después se dirige á este último, llevando consigo á Ruy Blas, mudo de asombro.)

ESCENA V

D. SALUSTIO, RUY BLAS, EL MARQUÉS DEL BASTO, EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ, EL DUQUE DE ALBA, y después toda la corte.

D. SALUSTIO (al marqués del Basto).—Permitidme, marqués, que os presente á mi primo D. César.

RUY BLAS (aparte).—¡Cielos!

D. SALUSTIO (á Ruy Blas en voz baja).—¡Callaos!

EL MARQUÉS DEL BASTO saludando á Ruy Blas).—Caballero, celebro mucho...

(Le toma la mano, que Ruy Blas le presenta con cierta coquetería.)

D. SALUSTIO (en voz baja á Ruy Blas).—Dejadme hacer y saludar.
(Ruy Blas saluda al marqués.)

EL MARQUÉS DEL BASTO (á Ruy Blas).—Apreciaba mucho á vuestra madre. (En voz baja á D. Salustio, mostrándole á Ruy Blas.) Está muy cambiado; apenas le hubiera reconocido.

D. SALUSTIO (al marqués).—¡Diez años de ausencia!

EL MARQUÉS DEL BASTO.—¡Verdad es!

D. SALUSTIO (golpeando en el hombro de Ruy Blas).—¡Hele aquí de vuelta! ¿Recordáis, marqués, qué prodigio era, y cómo despilfarraba sus escudos? Todas las noches en bailes y fiestas; siempre luciendo galas en festines y reuniones; con su fasto y su lujo deslumbraba á Madrid, pero á los tres años se arruinó. Ahora llega de la India.

RUY BLAS.—Señor...

D. SALUSTIO (alegremente).—Llamadme primo, puesto que nos une este parentesco. Los Bazanes somos buenos caballeros. Tenemos por antecesor á don Íñigo de Ibiza; su nieto, Pedro de Bazán, casó con Mariana de Gor, de quien nació Juan, que fué almirante en tiempo del rey D. Felipe; Juan tuvo dos hijos, que en nuestro árbol genealógico han dejado dos blasones. Yo soy el marqués de Finlas, y vos el conde Garofa. Tanto valemus el uno como el otro, César; por parte de las madres, tenemos igual jerarquía, sólo que vos sois de Aragón y yo de Portugal. Vuestra rama no es menos noble que la nuestra; yo soy fruto de la una, y vos, flor de la otra.

RUY BLAS (aparte).—¿A dónde me llevará?
(Mientras que D. Salustio hablaba, el marqués de Santa Cruz, D. Alvaro de Bazán y Benavides, anciano de bigote blanco, que lleva una gran peluca, se han aproximado á ellos.)

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ (á D. Salustio).—Os explicáis con claridad; pero si es primo vuestro también lo es mío.

D. SALUSTIO.—Es verdad, pues tenemos el mis-

mo origen, marqués. (*Le presenta á Ruy Blas.*) Don César.

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.—Imagino que no es el que creían muerto.

D. SALUSTIO.—Sí tal; el mismo.

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.—¿Con que ahora ha vuelto?...

D. SALUSTIO.—De las Indias.

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ (*examinando á Ruy Blas*).—En efecto, es el mismo.

D. SALUSTIO.—¿Le reconocéis?

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.—¡Pardiez! como que le he visto nacer.

D. SALUSTIO (*en voz baja á Ruy Blas*).—El buen hombre está ciego, y sólo os reconoce para hacer creer que no lo es.

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ (*ofreciendo la mano á Ruy Blas*).—Venga esa mano, primo.

RUY BLAS (*inclinándose*).—¡Señor!

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.—Me complace mucho veros.

D. SALUSTIO (*en voz baja al marqués y aparte*).—Voy á pagar sus deudas; vos podréis servirle en el cargo que desempeñáis: si en la corte vacase algún cargo, cerca del rey ó de la reina...

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ (*en voz baja*).—Es un joven encantador, y pensaré en ello. Además, pertenece á la familia.

D. SALUSTIO (*en voz baja*).—Tenéis mucha influencia en el Consejo de Castilla, y por lo tanto os le recomiendo. (*Sepárase del marqués de Santa Cruz y se dirige á otros señores, á los que presenta á Ruy Blas; entre ellos está el duque de Alba, que luce un traje magnífico. D. Salustio le presenta á Ruy Blas.*) Mi primo César, conde de Garofa. (*Los nobles cambian graves saludos con Ruy Blas, siempre sobrecogido.*) (*Al conde de Ribagorza.*) Ayer

no estabais en el baile de Atalante; Lindamira bailó muy bien. (*Se extasia contemplando el jubón del duque de Alba.*) Magnífico justillo lleváis, duque.

EL DUQUE DE ALBA.—Otro más hermoso tenía, de seda rosa galoneado de oro, pero ese bribón de Matalobos me le ha robado.

UN HUJIER DE LA CORTE (*en el fondo del teatro*).—La Reina se aproxima; tomad puesto, señores.

(*Las grandes cortinas de la galeria de cristales se abren, y los señores se escalonan cerca de la puerta, mientras forman los guardias. Ruy Blas, anhelante y fuera de sí, refúgiase en el proscenio, á donde le sigue D. Salustio.*)

D. SALUSTIO (*en voz baja á Ruy Blas*).—¿Es posible que cuando la fortuna os sonrie, disminuya vuestro espíritu? Volved en vos, Ruy Blas. Yo marché de Madrid; os dejo mi pequeña casa con los criados mudos; nada quiero guardar sino las llaves secretas; muy pronto recibiréis instrucciones. Haced mi voluntad, y yo me encargaré de vuestra fortuna. Elevaos sin temer nada, pues la ocasión es propicia. La corte es un país donde se anda sin ver claro; pero yo os conduciré; yo me encargo de ver por vos.

(*Aparecen otros guardias en el fondo del teatro.*)

EL HUJIER (*en alta voz*).—¡La Reina!

RUY BLAS (*aparte*).—¡Ah! ¡La Reina!

(*La Reina, magníficamente vestida, aparece rodeada de damas y pajes bajo un dosel de terciopelo escarlata, conducido por cuatro gentiles hombres. Ruy Blas, despavorido, parece quedar absorto ante aquella resplandeciente visión. Todos los grandes de España se cubren. D. Salustio se dirige rápidamente hacia el sillón en que se halla su sombrero y se lo lleva á Ruy Blas.*)

D. SALUSTIO (*á Ruy Blas, poniéndole el sombrero en la cabeza*).—¿Qué tenéis, primo? ¡Cubrios; sois grande de España!

RUY BLAS (*aturdido, en voz baja á D. Salustio*).—¿Y qué más ordenáis, señor?

D. SALUSTIO (*mostrándole á la Reina, que cruza lentamente por la galería*).—Que hagáis lo posible por agradar á esa mujer y ser su amante.



ACTO II

LA REINA DE ESPAÑA

Salón contiguo á la cámara de la reina; á la izquierda una puertecilla de comunicación, y á la derecha otra que conduce á las habitaciones exteriores. En el fondo grandes ventanas abiertas. Es la tarde de un hermoso día de verano. Mesa grande, sillones; la imagen de una Santa, con un rico marco,